

EL NUEVO NOSOTROS

Introducción. Estamos invitados a nacer de nuevo cada día y la fe nos regala también nacer de nuevo en las relaciones interpersonales. Palpamos de cerca las dificultades que tenemos en la convivencia, tanto familiar, laboral, comunitaria, con los amigos. Incluso con nosotros mismos, vivimos a diario las contradicciones y las tensiones propias de quien no trata a los demás, ni se trata a sí mismo, como debería, cómo querría ser tratado, sabiendo el malestar que genera, las distancias que se crean, y la incomodidad de silencios que esconden el miedo a expresarse con confianza. Y esa conflictividad se acrecienta al poner de manifiesto nuestras creencias, nuestras ideologías, y nuestros pareceres. No se trata de vivir los días haciendo bandos, nuestro «nosotros» en oposición a su «ellos». En una ocasión le preguntaron a Jesús:

“Juan le dijo: Maestro, vimos a uno que expulsaba demonios en tu nombre y tratamos de impedirselo, porque no es de los nuestros. Jesús respondió: No se lo impedáis. Quien no está contra vosotros está a favor vuestro.” Lc 9,49-50.

La respuesta de Jesús es tremenda, si no están en contra nuestra, están a favor nuestro. Es más importante prestar atención a lo que nos une a los demás, que a lo que nos diferencia. Tener opiniones diferentes no significa que vayan contra nosotros. Ahí nos hace falta distinguir las diferencias ideológicas, con los ataques personales. Nacer a un nuevo nosotros que incluya al diferente, al diverso, al conflicto. Eso ocurre cuando desaparece el miedo a perder. No me quita nada el que piensa diferente, en todo caso me puede aportar y enriquecer. En medio de ambientes de individualismo, de enucleación, de aislamiento, ahí hay un reclamo de vivir la acogida y la escucha del diferente. Y cuesta mucho tener esa actitud, es como que desde pequeños nos enseñan a poner escudos, a poner barreras, a ser calculadores y desconfiados. Es más fácil decir no, que decir sí. Es más fácil cortar la relación, huir, prohibir, que abonar, comprometerse y apoyar. Es más normal predecir las desgracias, que animar y juntos realizar el camino con confianza. Por eso la fe nos recuerda que el camino lo recorreremos acompañados, protegidos, en buenas manos.

Lo que Dios nos dice. “No temas, pequeño rebaño, que vuestro Padre ha decidido daros el reino.” Lc 12,32.

Porque es cierto que nos sentimos ovejas en medio de lobos. Frágiles David, en medio de gigantes Goliat. Pero el poder nos viene de otro. No temamos los desafíos para construir la comunión. Encontrarnos con personas que nos cuestan no es sinónimo de que seamos malas personas. Hay objetivamente personas muy rotas que se acercan a nuestra vida y nos vuelcan sus miedos, sus prejuicios, sus fantasmas. Hay personas que por su experiencia vital tienen muy dañadas las capacidades de confiar y de dialogar. Pero lo que más necesitan no son reproches o enfrentamientos, sino vidas sanadas que las miren con compasión y proximidad. Que el que me rodea este mal, no significa que yo sea culpable de su situación. Pero siempre un conflicto es una oportunidad para crecer, para pedir al Buen Dios que aumente nuestra capacidad de amar.

“Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo, diente por diente. Pues yo os digo que no pongáis resistencia al que os hace el mal. Antes bien, si uno te da una bofetada en tu mejilla derecha, ofrécele también la otra. Al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica déjale también el manto. Si uno te obliga a caminar mil pasos, haz con él dos mil. Da a quien te pide y al que te solicite dinero prestado no lo esquives. Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos, rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos. Si amáis sólo a los que os aman, ¿qué premio merecéis? También hacen lo mismo los recaudadores. Si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? También hacen lo mismo los paganos. Sed, pues, perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto.” Mt 5,38-48.

Siempre que escucho este evangelio hay como un sentimiento de impotencia frente a lo que nos propone el Señor. Para nosotros, nos resulta imposible, pero no para Dios, que nos ve capaces de un amor así. ¿Y la paz que tendríamos si no viéramos enemigos?, ¿y la libertad que tendríamos de quien no siente miedo a que le quiten nada?, porque no se siente poseedor de nada. ¿Y si al mirar a los ojos de los demás no vemos rivales sino hermanos? Se nos ha regalado el reino, porque se nos regala vivir en medio de los conflictos y los límites, con unas categorías nuevas. Por muy difícil que nos parezca hay un deseo real de parte de Dios de que sus hijos nos situemos más en casa, en ambientes de hogar, más que en el escenario de un conflicto bélico.

Basta con darnos cuenta de lo mal que nos quedamos al discutir, del dolor amargo que se instala en nuestro interior, después de una palabra más alta, de una descalificación, de una crítica mordaz.

“Tratad a los demás como queréis que os traten a vosotros. En esto consiste la ley y los profetas.” Mt 7, 12.

Cómo cada uno de nosotros ha llegado a pensar y a sentir tiene que ver con las circunstancias que le ha tocado vivir. Somos los libros que hemos leído, las personas que hemos admirado, los barrios donde hemos crecido, la educación que hemos recibido. Por eso somos diferentes, porque depende del punto de vista, de la perspectiva con la que me enfrente a la realidad, sale una interpretación u otra.

Cómo podemos vivirlo. Es importante aprender a escucharnos, antes que hablar, antes que sentenciar, antes que criticar. Y nos cuesta un esfuerzo sobrehumano. Nos da la impresión que el que más alto grita, quien muestra más seguridad, es el que más razón tiene. Vencer en una discusión no es el objetivo principal de nuestra vida. Nuestro objetivo es amar, y cuando los argumentos van dejando paso a los corazones se obra el milagro. Jesús confiaba tremendamente en el poder del diálogo. Ojalá nosotros también nos volviéramos cada vez más personas que favorecen los encuentros, las miradas, las escuchas que faciliten en el enriquecimiento mutuo.